

EL IMPACTO DE LA HISTORIOGRAFIA CONTEMPORANEA ITALIANA EN LA ESPAÑOLA

Pere Gabriel, Enric Ucelay Da Cal

Hasta en el nivel más genérico, comparar Italia y España resulta tradicionalmente algo problemático. Las dos sociedades son muy similares por muchas razones, están relacionadas, son cercanas, pero al mismo tiempo son muy diferentes. Es fácil equivocarse de coordenadas, tomar en un sentido señales que apuntan en otra dirección, y acabar en una confusión cómica, como los turistas actuales de uno de los dos países que pretenden “hablar”, con algunos cosméticos cambios de vocablo, el idioma del otro sin dejar de opinar en el propio. Esto ha hecho que las dos sociedades se miren de reojo, con una combinación de suficiencia y desconfianza. En el siglo XX, España para los italianos es una metáfora política del atraso del cual, por muy poco y momentáneamente, se han podido librar. Desde el lado español, la perspectiva sobre Italia mezcla tópicos muy antiguos, endógenos, con los estereotipos internacionales más recientes, importados con la propia dependencia económica y cultural. Esta tensión italo-española, producto de la suposición superficial de la semejanza y la constatación de las diferencias, sin embargo, se desvanece cuando la voluntad de comparar se hace concreta. Las dos sociedades aparecen entonces como mundos separados. Y esto se puede ver al intentar comparar la historiografía contemporaneísta italiana con la española.

Vista desde su producción historiográfica sobre una temática contemporánea, Italia posee una cultura plenamente europea, secularmente situada entre Francia y Alemania. Es normal que un historiador italiano sepa varios idiomas, y que tenga familiaridad con el inglés. España, en cambio, es una cultura que ha vivido mucho más marginada, hasta en el siglo XX,

del conjunto intelectual europeo. Lo demuestra la pobreza lingüística actual de sus historiadores, donde escasea el inglés y el alemán es una auténtica rareza. La vida intelectual española, a juzgar por la historiografía, tiene menos variedad de corrientes que la italiana, y, por la misma razón, más susceptibilidad a las modas pasajeras, sobre todo las que provienen de Francia, principal idioma extranjero leído por los historiadores españoles. Así, en resumen, el marco de preocupación español resulta mucho más solipsístico, más interesado por sí mismo y de forma marcada menos curioso hacia el mundo exterior que el italiano, y eso que Italia es un mercado lingüístico cerrado mientras que el castellano — en teoría al menos — es un idioma internacional. Unos ejemplos específicos pueden servir para ilustrar las distancias inmensurables entre una realidad y la otra: hoy en día, en España, es materialmente imposible publicar un estudio histórico sobre, digamos, el siglo XIX en Alemania, porque una editorial comercial no encontrará suficientes lectores para justificar la edición, y una editorial pública no lo considerará de su competencia. Como contraste, en Italia se pueden publicar no ya trabajos monográficos traducidos, sino hasta estudios sobre cuestiones alemanas por historiadores italianos. Esto, por ahora, es inimaginable en España.

La pobreza relativa del medio cultural español al compararlo con el italiano tiene una base estructural. España es una cultura históricamente centralizada reflejando el poder del Estado. La Península Ibérica tiene sólo tres centros de producción cultural intensiva — Lisboa, Madrid y Barcelona — que se ignoran entre sí en la medida de lo posible. Lo demás es “provincias”, donde puede haber explosiones locales de energía editorial que rara vez se pueden sostener a largo plazo. En cambio, Italia, no centralizada políticamente hasta mediados del siglo XIX, resulta ser una sociedad culturalmente policéntrica, con unos ritmos de edición que evidencian unos niveles de consumo cultural por ahora más allá de toda realidad española. Sólo hay que contrastar la densidad intelectual (si se quiere, especialmente en Historia) de Bolonia con Salamanca, como antiguos centros universitarios más o menos comparables; si se cree injusto por tener la ciudad castellana menos de una cuarta parte de la población de la capital emiliana, la afirmación se mantiene igual si se hace con Sevilla, que sí tiene un censo equiparable. Sólo hay que probar a buscar un equivalente español del papel editorial de Bari o hasta de Nápoles. El ritmo de publicación local en Sicilia, a juzgar por la revista “*Libri meridionali*”, sobrepasa con creces la producción en gallego, y se acerca (o puede que también supere) a la que se pueda hacer en catalán.

Esta riqueza cultural indudablemente superior, se acentúa al mirar la historiografía contemporánea. Italia posee una Historia Nacional más o

menos establecida, es decir, que existe un conjunto de estudios (entre libros, artículos eruditos, ensayos) que ha fijado lo que podríamos llamar un “mapa cronológico” de la política del Estado y sus instituciones, de las grandes tendencias económicas y de sus expresiones “micro”, de las principales corrientes sociales como organizaciones y como presencia local, y así sucesivamente. Existe por lo tanto un debate propiamente *historiográfico*, por contraste al debate exclusivamente *político*. Dicho de otra manera, se puede discutir, según la documentación, una interpretación u otra de un hecho concreto, digamos de una destacada maniobra parlamentaria de Giolitti. Esto se diferencia de discutir el significado social del Estado bajo los efectos del *trasformismo*. En España, en cambio, no ha habido esta acumulación de trabajo. Hasta hace menos de diez años *sólo* había debate político sobre el pasado más reciente. Se está empezando, con muchos y buenos resultados, a codificar la vida política, social, económica, pero no existe un conocimiento profesional *establecido* como para que haya un debate historiográfico maduro.

En Italia, existe un consenso constatable sobre la aceptación de una obra historiográfica nacional-liberal que sale del mismo *Risorgimento*, consenso que incorpora el Fascismo, y que llega hasta los historiadores marxistas de postguerra, sin que surgiese una respuesta católica suficiente. La situación española ha sido la opuesta. En España, de alguna manera, la revolución liberal decimonónica se hace desde las instituciones, y así — aunque parezca paradójico — no se produce un consenso liberal sobre la Historia, sino, al contrario, sigue predominando la tradición institucional católica. A lo largo del siglo XIX, el Estado español progresivamente evita su herencia como potencia, con lo que no nace una Historia diplomática española (sigue sin publicarse la documentación), en contraste al Estado italiano, que busca potenciar su significado internacional hasta con los historiadores. Finalmente, el proceso español resulta en el hecho que el Estado siempre desconfía de sus orígenes y por lo tanto no quiere que se hable de ellos. Sea con la monarquía alfonsina, sea con el franquismo, sea hasta con la “transición” actual, hablar analíticamente del pasado inmediato es delicado.

Como se puede ver, por lo tanto, el impacto de las ideas italianas en la historiografía española ha sido siempre algo limitado, y canalizado a través de la política. Podría pensarse en una vieja y reiterada relación, al menos en el terreno del publicismo más o menos historiográfico de carácter político, iniciada ya en tiempos de las primeras revoluciones liberales. Los principales momentos de la misma habrían girado alrededor de Garibaldi y el garibaldismo a lo largo de buena parte del siglo XIX, del corporativismo fascista y Mussolini entre los años veinte y cincuenta de nuestro siglo, y

del marxismo antifranquista en los años sesenta y setenta. Mucho más difícil es, sin embargo, hablar de una relación de influencias metodológicas, ni de un alto grado de conocimiento entre las historiografías e historias italiana y española en el ámbito contemporáneo.

Garibaldi y el garibaldismo tuvo en España mucho de mito popular para el movimiento republicano y obrero del ochocientos. Baste recordar, como ejemplos sintomáticos, desde los análisis y panegíricos floridos de Castelar hacia Garibaldi, dentro de su *Historia del movimiento republicano en Europa* de 1873, hasta la traducción de las *Memorias autobiográficas* del mismo efectuada por Odón de Buen en 1888. En medio, de forma especialmente significativa, se encuentra la importante obra colectiva, *Garibaldi. Historia liberal del siglo XIX*, dirigida por Rafael Farga Pellicer (“Justo Pastor de Pellico”) en 1883, que vino a ser una especie de sistematización doctrinal del anarquismo hispano. Es poco conocida, pero no por ello menos revelador, la “expedición liberal” organizada por los republicanos barceloneses en 1879, en octubre, con la intención de visitar Garibaldi en Caprera, expedición que la restaurada monarquía alfonsina se apresuró a frustrar. Incluso en pleno siglo XX, la aureola del apellido Garibaldi se impuso en gran medida a los proyectos de la oposición a la Dictadura del general Primo de Rivera, como demuestra la llamada “affaire Maciá-Garibaldi” del otoño 1926. En el fondo, rescoldos de aquellos fuegos ya extintos permiten entender la rara continuidad en la edición de sucesivas biografías de Garibaldi (todas traducciones, no del italiano) a lo largo de las últimas décadas.

En otra dirección, una cierta difusión del corporativismo fascista italiano tuvo asimismo una fuerte presencia literaria, con la intención inmediata de hacer política de agitación en uno u otro sentido. El primorriverismo en los años veinte estuvo sorprendentemente falto de curiosidad hacia “su modelo” italiano, aunque los tratadistas de derecho corporativo, como Antonio Aunós, algo hicieron. Pero fueron más bien las izquierdas las que se interesaron críticamente con el desarrollo de los hechos en Italia — destacándose radical-socialistas como Marcelino Domingo o Alicio Garcitoral — básicamente por ser éste un medio de criticar de forma indirecta a la dictadura española. Con la llegada de la República, sin embargo, la configuración de una nueva derecha, entre neo-monárquica y fascizante, trajo un alud de esfuerzos más o menos periodísticos para demostrar la superioridad o la efectividad de las estructuras fascistas italianas ante la democracia “inorgánica” en España. Esto significó mucha traducción, destacándose la edición en castellano de las obras completas del “Duce”, así como la difusión de los libros divulgadores de los jefes del régimen fascista como Bottai. De hecho, el primer momento de la construcción de lo

que sería el franquismo, sobre todo los años 1936-1938, estuvieron marcados por un intenso debate político en el bando “nacional” sobre el carácter de las instituciones de la “Nueva España”, y, naturalmente, el comentario a los éxitos italianos fue muy generoso. Como es lógico, las izquierdas respondieron a esta campaña, aunque con muy relativo interés, traduciendo alguna obra muy crítica del sistema italiano (como el estudio de Rosenstock-Franck), y, más adelante, en el contexto de la Guerra Civil, publicando alguna versión castellana de la obra de algún exiliado antifascista (Silvio Trentin, por ejemplo), siempre sin darle mayor trascendencia.

También, en la segunda mitad de los años cuarenta y durante los cincuenta, fue muy abundante la bibliografía de nostalgia más o menos reivindicativa respecto de Mussolini. Pero el interés español por información sobre el fascismo se reducía progresivamente en la medida que la derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial hacía cada vez menos relevante el tema de los orígenes ideológicos del régimen de Franco. Acabadas las memorias de los altos cargos fascistas (inclusive los de la República de Salò) — Ciano, Alfieri, Amicucci, Spampanato, Dolfin y otros —, pasados también los comentarios de periodistas falangistas como Ismael Herráiz, en el tema fue reduciéndose al goteo cada vez más lento de biografías del “Duce”, traducidas sobre todo del inglés.

Quizás sorprenda la poca influencia metodológica de la historiografía italiana de los tiempos de Mussolini en la historiografía franquista. Existen sin embargo poderosas razones que explican esta ausencia. La exaltación nacionalista en el fascismo italiano significó la asunción de la historiografía liberal unitaria y postunitaria autóctona, sin duda importante y de gran entidad. El fascismo italiano no tuvo demasiados problemas para contar, por ejemplo, con un competente profesional como Gioacchino Volpe. En general, al régimen mussoliniano no le importaba (o hasta podía aprovechar) la historiografía académica mientras ésta se mantuviera dentro del consenso oficial y no se metiese en temas o enfoques contrarios al discurso estatal. En el terreno cultural, el fascismo italiano supo llevar una política de relativa integración (al menos hasta 1938), como demuestran la arquitectura civil, el diseño o las artes pictóricas, y hasta la física, además de la historia. En cambio, el franquismo no supo establecer ningún punto de contacto con la historiografía liberal española, aunque fuese ésta unitarista y especialmente preocupada por la construcción de un renovado Estado español. Hubo de contentarse con recurrir a un eclecticismo y neo-ultramontano, derivado de manera restrictiva de Menéndez y Pelayo, cuando no a crudas explicaciones de tipo conspirativos salidas de las plumas de policías, aficionados a las letras pero poco sofisticados, como Comín Colomer o Mauricio Carlavilla. En particular, al franquismo no interesaba

la historia más reciente. Al contrario, la aborrecía. El acta de nacimiento del mussolinismo podía ser el mismo “Risorgimento” (al menos según sus panegíricos), pero la de Franco, para todo el mundo, no era otra que la Guerra Civil de 1936-1939. De ahí que el régimen franquista no generase propiamente ninguna historiografía propia, mucho menos una de signo fascista, sino tan sólo una “formación del espíritu nacional” de cariz escolar e indoctrinador. Fueron muchas las dificultades que encontraron los historiadores liberales, incluso los más conservadores, bajo el franquismo. Piénsese por ejemplo, en el mismo Menéndez Pidal, en los tímidos intentos de Josep Pla de escribir historia contemporánea, o hasta en los libros mucho más complejos de Vicens Vives. En cuanto al integrista católico, que tanto prosperó con la dictadura de Franco, la súbita de la Democracia Cristiana en Italia tras la Segunda Guerra Mundial significó que la dureza y la falta de recursos intelectuales de los planteamientos españoles topasen con la flexibilidad del discurso historiográfico de los católicos italianos.

No ha de resultar paradójico, en definitiva, que la historia del franquismo no haya sido iniciada hasta casi finales de los años ochenta. Anteriormente, y con su correspondiente halo de cultura política antifranquista, sólo se puede constatar una tenue preocupación por algunas reflexiones generales sobre el fenómeno fascista y, en especial, sobre la experiencia italiana. Así, a partir de los años sesenta debe consignarse la lectura de un repertorio de obras más bien pobre, empezando por obras como la de Robert Paris, y, con mayor alcance, los libros de Ernst Nolte y F.L. Carsten. Con una mayor especificidad italiana: el librito de Paul Guichonnet (un “Que sais-je?” traducido), el viejo texto de Angelo Tasca sobre el nacimiento del fascismo (traducido de la versión francesa en 1969), Roland Sarti y E.R. Tannenbaum traducidos del inglés, algunos clásicos marxistas sobre el tema (empezando por Dimitrov y Mandel), y poca cosa más. La selección no podría ser más elocuente para valorar la influencia de la historiografía italiana en la contemporaneística española. En todo caso, por si se quiere matizar más, daremos una indicación: cuando una prestigiosa colección historiográfica traduce — caso verdaderamente excepcional —, una obra como *Capitalismo y mercado nacional* de Emilio Sereni (la primera edición italiano de 1966, la versión española del 1980), se suprimen los capítulos de IV a VII del original, “por su carácter estrictamente italiano y por su escasa utilidad para el público de lengua castellana”.

Por último, a partir de los años sesenta, contra el franquismo tardío y fofo surgió un cierto frentepopulismo magmático y cultural de las universidades recién “masificadas”. Esta amplia corriente echó mano de la litera-

tura marxista italiana, junto a la correspondiente francesa (y un poco la inglesa). En el “imaginario” del naciente frentepopulismo cultural español, el marxismo italiano se contrapuso, más vital, populista y maleable, a los rígidos esquemas y dogmatismos obreristas de origen francés. Fue, claro está, el momento del descubrimiento de Gramsci y de la visión de un comunismo italiano, cercano y de talante europeo, frente al stalinismo. En este terreno, la influencia italiana, más política y filosófica, iba a hacer de puente respecto del marxismo británico, que en España asumió un fuerte carácter historiográfico. Basta recordar aquí las traducciones de textos de Gramsci en catalán y castellano impulsadas por Jordi Solé Tura. Asimismo, el ideólogo marxista Manuel Sacristán fue un importante difusor de Gramsci, aunque además dio a conocer autores de la tradición socialista italiana como Antonio Labriola.

El interés antifranquista por Italia, que tuvo como estamos repitiendo una especial intensidad entre los 60 y los 70, no pretendió de hecho el conocimiento de la realidad histórica italiana. Fue más bien una reinención literaria, en tiempos que la moda del realismo social ofrecía elementos a la izquierda cultural para combatir la grandilocuencia hueca del desarrollismo franquista. Así en España, se recupera el neorrealismo italiano de la inmediata postguerra, veinte años antes. Como es evidente, pues, el proceso de absorción de imágenes italianas estaba determinado por el militantismo político. De todas formas, antes que Candeloro, Ragionieri, Manacorda, Spriano o De Felice, a muchos historiadores y futuros historiadores contemporaneístas españoles les interesó el cine de Visconti, Zurlini, Pasolini, Antonioni, Olmi, los hermanos Taviani, Bertolucci, Ettore Scola, o la revisión de las viejas películas de De Sica, Zavattini o Rossellini. Deberíamos extendernos aquí mucho sobre la influencia de este cine, y de la crítica cinéfila que le acompañaba, en el movimiento de cine-clubs y cine-forums que se esparció por aquel entonces en las principales capitales españolas. Entre otras muchas cosas, estas películas sirvieron como influyentes y extendidas lecciones de historia contemporánea italiana y también, más en general, europea, para una sociedad culturalmente cerrada tras altísimas murallas de censura.

No fue sólo el cine. También incidió en gran medida el teatro y más aún la novela contemporánea y el ensayo literario. Sólo hay que pensar en las repercusiones de la obra de autores como Pavese, Pratolini, Bassani, el mismo Lampedusa, o, un poco más adelante, Sciascia. No ha de extrañar así que fuera por este camino literario y artístico que se iniciasen unas primeras y fuertes relaciones culturales y políticas de la izquierda antifranquista con Italia. A su lado, el movimiento estudiantil de agitación democrática y más orgánicamente las relaciones de los comunistas españoles y

catalanes con el Partido Comunista Italiano, estableció puentes y canales de comunicación muy precisos que permitieron el aprovechamiento de las posibilidades editoriales italianas para la difusión de parámetros culturales nuevos y distintos de los más oficiales en España. Al mismo tiempo, sin embargo, todo el tipo de influencias culturales que venimos citando sirve para recordar cuanto de romanticismo poco madurado había en estos vínculos politizados, y hasta que punto representaban una fantasía proyectiva desde medios universitarios españoles hacia fuera, más que una recepción cultural verdadera.

Evidentemente, la presencia tangible de la historiografía italiana más reciente en España es muy poca. Editorialmente, debe ser calificada sin duda de ridícula por lo pobre y mínima. ¿Historias contemporáneas de Italia traducidas en España? No más que pequeños manuales como los de Maurice Vaussard (original francés de 1952, revisado en 1962) o de Hearder y Waley (original inglés de 1966). De ahí se pasa directamente a la historia periodística de Indro Montanelli, en varios volúmenes. Se puede añadir alguna monografía como la de Horowitz sobre la historia del movimiento obrero italiano (una traducción argentina de un original norteamericano de 1963), a parte de las obras dedicadas a los “personajes célebres de la Historia”, que, como ya hemos visto, suelen reducirse a Garibaldi y Mussolini, acompañados de algún rey, como Victor Manuel III. ¿Qué más? Los capítulos correspondientes a Italia en las historias universales y europeas correspondientes; a notar en este punto que en los circuitos editoriales las historias de Italia provienen en gran parte de ediciones francesas, inglesas o alemanas, con muy poca relación directa con Italia (aunque esto en la actualidad puede empezar a cambiar).

Sólo en el campo de la reflexión metodológica y en el de la filosofía marxista ha existido una presencia de mayor entidad, con textos de autores italianos importantes. A citar, por ejemplo, U. Cerroni, D. Cantimori, F. Catalano, L. Preti, y especialmente N. Bobbio. Por esta vía, en cambio, se puede remarcar como los comentaristas italianos — Bobbio el primero — sí han tenido un impacto en medios de ciencias políticas, ámbito que en España ha quedado dominado por socialistas, en contraste a la historiografía, que, como hemos estado viendo, ha tenido una fuerte tendencia comunista. Por esta última razón, tuvo una especial importancia, en su momento, la traducción de la *Historia del marxismo contemporáneo* de la Feltrinelli, de 1974, intentado por la editorial Avance de Barcelona a partir de 1976, así como la versión castellana de la *Historia del marxismo* de Einaudi, de 1976, emprendida por la editorial Bruguera a partir de 1979. Pero también tuvo importancia, para volver a recordar la pobreza de la con-

exión, la traducción catalana y castellana de la enciclopedia *Ulisse* a principios de los ochenta.

En cualquier caso, y remitiéndonos a los canales más personalizados y profesionales, queda claro que hoy en cambio la historiografía italiana más contemporánea ha ejercido y está ejerciendo una fuerte influencia a partir de los primeros años ochenta, en la medida que en ambientes académicos lentamente se va superando tanto el ensimismamiento cultural tradicional como los esquematismos y el romanticismo que acompañaron el final de la dictadura franquista. La fácil lectura para muchos españoles del italiano ha favorecido una presencia notable de revistas y libros en las bibliotecas de las facultades universitarias. Contactos personales surgidos de algunos coloquios mixtos están haciendo el resto. En este aspecto, la influencia se desarrolla fundamentalmente alrededor de determinadas especializaciones, notablemente en el ámbito de la historia social y del movimiento obrero, la historia agraria y la historia política.

Por lo demás, si se quiere realmente cambiar el divorcio histórico entre Italia y España, especialmente en su vertiente historiográfica, el futuro está en nuestras manos. Pero eso siempre es lo que se dice en ocasiones como ésta.

